Había un cuarto frente al mar. Estaba a la derecha, al final de una escalera oscura.

Era un pasillo angosto, pintado de verde, con cuatro puertas negras. Abajo, sólo la cocina y el comedor.

En sus mesas se sentaba siempre a la misma hora, gente que bajaba del pasillo. Comían en silencio platos que nunca eligieron.

Ninguna puerta cerraba; tampoco la del único baño.

Un baño blanco, cuadrado, con un lavatorio surcado de pelos, atrás de la puerta una tabla blanca entibiada por nalgas sucesivas.

En ese cuarto frente al mar, donde la cama de una plaza separaba a un ropero verde de una mesa colocada abajo de una ventana, Teresa lo esperaba todas las tardes. Cuando estaba Guillermo, colgaban una toalla para tapar la abertura que dejaba la puerta.

Apenas llegaba se sacaba el saco para tirarse en la cama; cuando contaba algo, Teresa levantaba la cabeza de la almohada para contemplarlo mejor.

A veces, cuando había dinero, compraban pizza y fainá en la esquina. Tomados del brazo traían por la calle el paquete caliente, subían rápidamente la escalera, se sentaban al borde de la cama y comían en silencio pizza y fainá.

Abrazados, compadecían a ese mundo metálico que corría por la rambla: miraban el mar sin la necesidad de encontrar adjetivos; sabían que el mar es agua.

Cuando se acostaban, la cama era grande.

Una mañana bajaron de dos autos ocho individuos que miraban hacia arriba; casi sin hablar empezaron a medir frentes y fondos. De atrás de las ventanas, varios ojos seguían la operación.

A los seis meses, se introdujo por debajo de cada puerta una hoja con membrete del Poder Judicial.

Habían transcurrido cuarenta y cinco días, cuando una mañana nublada y fría, a la hora del almuerzo, fueron rodeados por cuatro máquinas amarillas manejadas por hombres de cascos amarillos.

Todos dejaron la milanesa y se pusieron a comer.

Empezó un ruido infernal; después de dos horas no quedaba nada.

Los escombros esperaban a los camiones.

Cuando las manos dentadas de las máquinas los empezaron a llenar, dos hombres con cascos amarillos salieron aullando hacia la playa.

Cuando los pudieron detener, los dos gritaban que habían visto entre los ladrillos a dos cabezas que llorando se besaban.

CLUB DE GRABADO DE MONTEVIDEO
EDICION DE CUENTOS ILUSTRADOS

EL CUENTO: Carlos L. Mendive nace en Montevideo en 1931. Con la aparición de su primer libro de cuentos "Desde el fémur" en 1977, se convierte en un narrador de arraigo popular. El presente cuento pertenece, precisamente a este libro (rápidamente un "best-seller") al que siguieron "Después del fémur" y "Los Globos". La publicación de este cuento por Club de Grabado ha sido autorizada por el autor, integrando el segundo título de esta colección de cuentos ilustrados.

LA ILUSTRACION: Oscar Ferrando nace en Montevideo 1943. Dibujante, pintor y grabador, integra el taller de Club de Grabado. De su trayectoria se destacan los poemas ilustrados, de cuyos textos es también el autor. Conoce a Mendive "desde antes del fémur", en un tiempo en que los unió el periodismo. La ilustración ha sido realizada e impresa en el Taller de Serigrafía de Club de Grabado.

2

"Demolición", de Carlos L. Mendive

Ilustrado por Oscar Ferrando

No 312. FEBRERO DE 1980. Impreso en el Taller de Club de Grabado y en Cromoprint. D.L. 145.565.
Tiraje: 2.500 ejemplares, 200 numerados, firmados y controlados por el autor de la ilustración. Edición amparada en el Art. 79 de la Ley 13.349. Se distribuye gratuitamente entre los socios.